

# Semblanza de Francisco Pascasio Moreno

## A. C. RICCARDI

*Semblanza ofrecida como cierre en la celebración del 30º aniversario de la Fundación Museo de La Plata, el 20 de abril de 2017, en el Auditorio del Colegio de Abogados de La Plata.*

Agradezco a la Fundación Museo de La Plata el haberme honrado al pedirme que presente aquí, en ocasión de su trigésimo aniversario, una semblanza de Francisco Pascasio Moreno, nombre apropiadamente elegido por ella en reconocimiento a quien sentó las bases de una institución científica y educativa cuya finalidad fue y es servir a la sociedad.

Si bien en esta semblanza pasará revista a diferentes aspectos de la fecunda vida de Moreno, la mayor parte de los cuales son ampliamente conocidos, con ella trataré de poner de relieve la unidad de pensamiento y objetivos que subyace su aparente diversidad.

Francisco Pascasio Moreno nació en Buenos Aires el 31 de mayo de 1852 en una casa que aún existe, ubicada en la esquina de Venezuela y Paseo Colón. Su vida se extendió dentro de un lapso de la historia de nuestro país que constituye una época destacada en la evolución de la sociedad argentina. Época que ha sido llamada de la Organización Nacional. Baste

recordar que el 3 de febrero de 1852 tuvo lugar la batalla de Caseros y que el 31 de mayo de 1852, en coincidencia con el nacimiento de Moreno, fue firmado el Acuerdo de San Nicolás de los Arroyos, que marcó el inicio de una etapa de conciliación nacional. Buenos Aires tenía entonces una población de 76.000 personas, el país contaba con un millón de habitantes y más del 80% de la población era analfabeta. No había puertos, ni ferrocarriles, ni telégrafo, ni enseñanza secundaria ni universitaria. Para 1919, año de la muerte de Moreno, el país era dirigido por el primer gobierno surgido de la Ley Sáenz Peña, la población del país era de casi 9 millones, la de Buenos Aires superaba 1.600.000 habitantes, 1/3 de la población estaba constituida por inmigrantes, en su mayoría europeos, y el analfabetismo era inferior al 20 %. Los ferrocarriles tenían más de 34.000 km de extensión, el teléfono y el telégrafo abarcaban todo el territorio nacional y la Argentina era el país más desarrollado de América, después de los EE.UU., y por delante de Canadá y Brasil.

El padre de Moreno, Francisco Facundo Moreno, había regresado al país después de estar exilado en Montevideo durante 7 años, donde se había relacionado con muchos importantes hombres de la época, como Florencio Varela, Esteban Echeverría y Bartolomé Mitre. Una vez en la Argentina ocupó cargos de importancia y en 1865 fundó la primera Compañía de Seguros del país. Por vía materna Moreno era nieto de un oficial inglés llegado con las invasiones inglesas que se radicó en el país en 1806.

Moreno tuvo una hermana y dos hermanos y su infancia se nutrió en las enseñanzas de hombres preclaros, muchos de

los cuales frecuentaban su casa paterna, como Juan María Gutiérrez, con cuyo nombre denominaría años más tarde un lago cordillerano.

A los 14 años, sobre la base de las pequeñas colecciones, realizadas en los paseos públicos de la ciudad y sus alrededores, Moreno inició su propio museo, lo cual lo llevaría en los años siguientes a conocer y frecuentar a German Burmeister, Director del Museo Público. Finalmente sus colecciones se ubicaron en un edificio construido al efecto en la quinta de sus padres, cuya inauguración se produjo en 1872 como obsequio a sus veinte años. En el predio que ocupó esa quinta, donde se ubica hoy el Instituto Bernasconi, sobrevive el Aguaribay que plantara Moreno durante la construcción de su museo.

Desde temprana edad Moreno fue consciente de que un Museo se nutre y vive de las expediciones que realiza. De esta manera las excursiones comenzadas en las cercanías de Buenos Aires no eran suficientes, y a partir de 1873, con 21 años de edad, inició sus exploraciones a la Patagonia.

Para comprender lo que ello significaba baste recordar que en esa época el interior de la Patagonia era virtualmente desconocido, no existían caminos y el ferrocarril solamente llegaba hasta unos 100 km de Buenos Aires. Los enclaves poblados más australes eran Azul en Buenos Aires, Río IV en Córdoba, Villa Mercedes y San Luís en San Luís y San Rafael en Mendoza, los que se hallaban protegidos por una línea de fortines. Más al sur prevalecía el desierto no solamente por la aridez de la mayor parte de la región sino también por la baja densidad poblacional, pues según exploradores y viajeros del siglo

XIX anteriores a Moreno menos de 10.000 aborígenes habitaban la región que se extendía hasta el Estrecho de Magallanes. Bahía Blanca y Carmen de Patagones constituían poblaciones aisladas sobre el Atlántico. La colonia galesa del río Chubut, iniciada en 1865, era un oasis en el desierto y la isla Pavón, en la desembocadura del río Santa Cruz eran el enclave donde un grupo de patriotas encabezado por el Comandante Luís Piedrabuena reivindicaba la soberanía Argentina hasta el Cabo de Hornos.

Es en esos desiertos que en 1875, buscando un paso entre el Nahuel Huapi y Valdivia, para unir el Atlántico con el Pacífico, Moreno recorrió solo y a caballo el río Negro y llegó a la confluencia de los ríos Caleufú y Collón Cura, donde se hallaban las tolderías de Shaihueque, de quien se convertiría en amigo y compadre. Así logró llegar al lago Nahuel Huapi el 22 de enero de 1876, convirtiéndose así a los 23 años de edad en el primer hombre blanco en llegar desde el Atlántico a dicho lago, en el que hizo flamear por primera vez la enseña nacional. Enseña que hoy se halla en el Museo que lleva su nombre, en el Centro Cívico de Bariloche.

No repuesto aún de esta expedición Moreno decidió alcanzar las nacientes del río Santa Cruz y en octubre de 1876 se embarcó con destino a esa región. En el trayecto, efectuó observaciones a lo largo del curso del río Chubut y bautizó el lago en el que desagua el río Senguer con el nombre de Musters, quien 6 años antes había unido, en épica travesía por el interior de la Patagonia, Punta Arenas con Carmen de Patagones.

Llegado a la bahía de Santa Cruz, remontó el curso inferior del río del mismo nombre hasta la isla Pavón, donde se encontraba la factoría de Luís Piedrabuena. Desde allí Moreno recorrió la costa hacia el sur, hasta Monte León, donde envuelto en un quillango y en sus ilusiones juveniles y contemplando desde lo alto de una barranca las estrellas de las nubes de Magallanes, recibió el año nuevo 1877.

Finalmente, el 15 de enero de 1877, inició viaje río arriba. El río Santa Cruz debió ser remontado arrastrando dificultosamente con una soga la embarcación desde la orilla, contra una fuerte correntada. Casi un mes después, el 13 de febrero de 1877, Moreno llegó al lago que le da origen, logrando lo que no pudieron Fitz Roy y Darwin. Allí, con sentidas y significativas palabras dio al lago el nombre de «Argentino». Luego de navegar el lago Moreno se dirigió al norte, descubrió el lago que denominó «San Martín» y bautizó al cerro Fitz Roy. El ataque de una puma, que puso en peligro su vida, dio origen al nombre al río Leona, que une los lagos Viedma y Argentino. El 13 de marzo de 1877 alcanzó en su recorrido el punto más occidental sobre la margen sur del lago Argentino, llegando a ver los témpanos del ventisquero que algún día llevaría su nombre.

De regreso a la desembocadura del río Santa Cruz, Moreno se dirigió a caballo a Punta Arenas, desde donde se trasladó en barco a Montevideo y Buenos Aires, ciudad a la que llegó el 8 de mayo de 1877, cuando no había cumplido aún 25 años de edad.

Al año siguiente, el 1 de diciembre de 1878, el Comodoro Py tomó posesión definitiva de la región, fundando Puerto Santa Cruz e izando la bandera nacional en el cerro Misioneros.

Luego de su regreso a Buenos Aires en 1877, Moreno donó su museo al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, el cual se incorporó al patrimonio público el 17 de octubre de ese año, con el nombre de Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires.

En 1879 el Presidente Avellaneda lo nombró Jefe de una expedición que debía estudiar la región ubicada entre los ríos Negro y Deseado. Así navegó el río Negro aguas arriba, hizo relevar la costa del Golfo San Matías y levantar la carta del puerto de San Antonio. Finalmente emprendió viaje a caballo hacia la cordillera, y llegó a la pampa donde hoy se halla la ciudad de Esquel y por último llegó a la toltería de sus amigos Incayal y Foyel, en Tecka. Luego siguió viaje hacia el norte y volvió a recorrer el Nahuel Huapi. Mientras estaba dedicado a su objetivo, que era hallar el Paso de Vuriloche que comunica con Chile, fue rodeado por los indios y llevado a la toltería de Shaihueque en Caleufú, donde en un parlamento realizado en el llano de Quem-quem-treu y por causales ajenas a su control y al de Sayhueque fue condenado a muerte.

Sin embargo Moreno, en una oscura noche, logró alcanzar el río Collón Cura, y en una balsa precaria se lanzó a sus aguas. Navegando de noche y escondiéndose durante el día bajó por el Collon Cura y el río Limay hasta la confluencia de este con el río Neuquén, donde recibió ayuda. En esa increíble huida Moreno, junto con su vida y la de sus compañeros salvó su

diario y la bandera argentina, la misma que hoy descansa en la Sala Moreno del Museo de La Plata.

El 11 de mayo de 1880 Moreno, que todavía no había cumplido 28 años de edad, llegó a Buenos Aires, siendo bajado del tren en camilla, pues sus piernas estaban llastadas y se hallaba debilitado por la fiebre. En el medio de la multitud que acudió a recibirlo se encontraba María Ana (Menena) Varela, quien 5 años más tarde se convertiría en su abnegada esposa.

Terminaron así las exploraciones de Moreno, las que pudieron concretarse sobre la base casi exclusiva de su esfuerzo individual.

Debido a todas estas contribuciones, la Universidad Nacional de Córdoba le otorgó el título de Doctor *Honoris Causa* el 25 de noviembre de 1878.

Producida en 1882 la creación de la ciudad de La Plata, el 17 de septiembre de 1884 se fundó el Museo de La Plata en reemplazo del Museo Público de Buenos Aires (hoy Museo B. Rivadavia), que había sido cedido a la Nación luego de la federalización de la ciudad de Buenos Aires y dos días después el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires fue incorporado al nuevo museo. De esta manera el Museo La Plata nació, no como una continuidad del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires tal como ha sido erróneamente difundido a partir de 1977, sino como reemplazo de una institución pre-existente y con una concepción museística mucho más vasta.

Pues el Museo de La Plata fue propuesto como el equivalente austral de la Smithsonian Institution existente en Washington.

Y aquí resulta oportuno recordar que la Smithsonian Institution tuvo su origen en el legado de un graduado en artes, con intereses en química analítica, James Smithson, nacido en Francia, educado en Inglaterra y fallecido en Italia, quien sin haber pisado jamás el continente americano dejó su fortuna al Gobierno de los Estados Unidos para que se fundara en Washington un establecimiento dedicado al avance y difusión del conocimiento entre los hombres. Luego de un prolongado debate se decidió iniciar el proyecto del actual complejo museístico científico-cultural de la Smithsonian Institution. En el camino quedaron otras propuestas, entre ellas la creación de una Universidad.

De manera similar el Museo de la Plata estaba destinado, en palabras de Moreno, “a reunir, estudiar y divulgar materiales para la Historia Física y Moral del Continente Sud-Americano” y su trascendencia científica adquiriría significación en función de su proyección educativa y social.

Por ello según Moreno el Museo de La Plata estaba dirigida a “una clase de hombres que no tiene ni el tiempo, ni las ocasiones, ni los medios de estudiar a fondo ninguna rama de la ciencia, pero que tiene un interés general por sus progresos, y que desea tener algún conocimiento del mundo que lo rodea...”. De esta manera, afirmaba Moreno, “se cultiva el espíritu del pueblo”, ya que “los que saben son siempre los menos y hay que pensar en los que no saben”.

Por ello también decía Moreno que cuando el Museo esté terminado y su existencia sea conocida en los centros científicos del mundo, “el nombre de ‘La Plata’ será pronunciado con respeto y cariño por todos los que piensan que la prosperidad de un pueblo depende ante todo del grado de instrucción intelectual de sus hijos”.

He aquí expresado el sentido y alcance que dio Moreno al objetivo de difusión del conocimiento del Museo de La Plata. Ese sentido era eminentemente popular y con ello se pretendía llegar a todos los seres humanos sin distinciones de ninguna especie. No es de extrañar que el discurso de inauguración de algunas de las salas del Museo, el 20 de julio de 1885, estuviera a cargo de Domingo Faustino Sarmiento, quien siempre apoyo las actividades de Moreno.

Moreno, que tenía entonces 32 años, fue designado Director de la nueva institución. Para comprender la significación de la obra hay que recordar que la ciudad de La Plata solamente existía en los planos y que la idea de evolución, que refleja el diseño del edificio recién había tomado vigencia en las dos décadas previas, luego de la publicación en 1859 del Origen de las Especies de Darwin.

El edificio fue terminado y abierto al público, con todas sus colecciones montadas, cuatro años más tarde de iniciadas las obras, el 19 de noviembre de 1888, en ocasión del sexto aniversario de la fundación de La Plata...

Concluida la construcción del edificio, el Museo La Plata comenzó a desarrollar una serie de actividades exploratorias. Las expediciones llevadas a cabo tuvieron como objetivo

principal la exploración geográfica y la colección de materiales destinados, junto con un programa de adquisiciones y canjes, a enriquecer las colecciones y exhibiciones del museo.

Al finalizar esta época, en 1890, se iniciaron las publicaciones del Museo de La Plata, las que fueron impresas en talleres creados al efecto con dinero del propio Moreno.

Entre 1890 y 1895 las tareas de exploración del Museo de La Plata prosiguieron en diferentes partes del sur y oeste del país y cobraron mayor dimensión a partir de 1893, año en el que “el gobierno nacional decidió prestar su cooperación a fin de que los trabajos que el Museo hacía para estudiar el suelo argentino, se realizaran con mayores facilidad”. Para esta época Moreno se había ido rodeando de un conjunto de técnicos y científicos sobresalientes, y con ellos los trabajos del Museo comenzaron a orientarse hacia actividades de mayor significación para la resolución de los diferendos limítrofes con Chile.

En 1896 Moreno decidió efectuar “el reconocimiento geográfico y geológico, en el plazo de cinco meses, de la zona inmediata a los Andes comprendida entre San Rafael, en la provincia de Mendoza, y el lago Buenos Aires en el Territorio de Santa Cruz”.

A principios de enero de 1896 el personal del Museo de La Plata se dirigió a las diferentes regiones a estudiar, mientras que Moreno cubrió a caballo el trayecto entre San Rafael en Mendoza y el lago Buenos Aires en Santa Cruz, encontrando a su paso a las distintas comisiones,

con el objeto de tener una impresión personal del conjunto de los trabajos.

Las exploraciones y observaciones realizadas por la expedición que el Museo de La Plata efectuó a principios de 1896 hallaron continuidad natural en los trabajos de la comisión de límites, presidida por Moreno a partir de septiembre de ese año.

Las tareas de la Comisión de Límites estuvieron a cargo de nueve subcomisiones y abarcaron toda la región andina comprendida entre la Puna y el extremo sur de la provincia de Santa Cruz. Estas tareas fueron complementadas por mar por el transporte Azopardo y el aviso Golondrina, que reconocieron zonas extensas de la costa patagónica entre los paralelos de 42 y 52 de latitud sur.

Las funciones de perito argentino en la cuestión limítrofe con Chile llevaron a Moreno, durante las postrimerías del Siglo XIX, a efectuar numerosos viajes a Santiago de Chile. Así en enero de 1897, junto con su esposa e hijos cruzó la cordillera a lomo de mula, y fue allí en Chile que murió, a los 29 años de edad, su leal compañera María Ana Varela de Moreno. Habían contraído enlace en 1885 y tuvieron seis hijos.

Entre 1897 y 1898 Moreno viajó repetidamente entre Argentina y Chile, sentó las bases para el encuentro que los Presidentes Roca y Errazuriz mantuvieron el 15 de febrero de 1899 en el Estrecho de Magallanes. En el campo de la anécdota entran las caricaturas de las que Moreno fue objeto en forma casi permanente y el testimonio de la piedra que le fue arrojada en Santiago de Chile y que él supo convertir en pieza de museo.

Moreno recurrió a todos los medios imaginables para lograr su objetivo. Así contó con el testimonio de sus amigos los indios de Nahuel Pan, y de los colonos galeses para retener la región de la Colonia 16 de Octubre, y de un antiguo colaborador del Museo, Germán Koslowsky, para que el valle de los Huemules, en las cabeceras del río Aisén quedase también en territorio argentino.

Esta ciclópea labor significó, como dijera el árbitro inglés Thomas Holdich que a Moreno se deba todo lo que la Argentina obtuvo al oeste de la divisoria de aguas continentales.

En 1899 se trasladó a Londres como asesor geógrafo del representante argentino y en 1901 acompañó al Comisionado del Tribunal Arbitral, Coronel Sir Thomas Holdich, en el reconocimiento que se realizó desde el lago Lacar hasta el Seno de la Última Esperanza. En 1902 participó, con Holdich, de los trabajos de fijación de los hitos limítrofes de acuerdo con el laudo arbitral firmado en ese año por el Rey Eduardo VII.

Los estudios efectuados desde el Museo de La Plata permitieron establecer las bases geográficas de una región, la patagónica, que hasta entonces era prácticamente desconocida. Los descubrimientos geográficos y los levantamientos topográficos, que en muchos casos no han sido superados hasta la fecha, permitieron el desarrollo inmediato del conocimiento de toda la Patagonia. Así en apenas 10 años una región virtualmente inexplorada de nuestro país de cientos de miles de km<sup>2</sup> de extensión fue relevada en toda su amplitud. Y el avance del conocimiento de las regiones abarcadas, producido en un lapso tan breve, puede ser considerado como uno de los más

espectaculares de la historia del país. Todo ello le valió a Moreno el recibir numerosas distinciones en el exterior del país, entre ellas la Medalla Jorge IV de la Royal Geographical Society, motivo por el cual sus colegas y amigos le hicieron un homenaje el 31 de agosto de 1907, cuyo orador principal fue Florentino Ameghino.

En 1903 el Congreso Nacional premió su labor como Perito, otorgándole 25 leguas de tierras a ser ubicadas por él en el territorio del Neuquén o al sur del río Negro.

Moreno ubicó tres leguas cuadradas de esas tierras en el extremo oeste del lago Nahuel Huapi y las donó a su vez al gobierno argentino con el fin de que fuesen conservadas como parque público natural, al tiempo que emitió el deseo de que esa zona no fuese alterada, salvo por obras que facilitaran la visita de personas cultas.

De esta manera el 6 de noviembre de 1903 la Argentina se convirtió en el tercer país del mundo, después de Estados Unidos y Canadá, en poseer un Parque Nacional.

Todo esto se inscribe en la proyección educativa que Moreno dio a la mayor parte de su vida, quien en este contexto sostenía “los mayores goces intelectuales que elevan el espíritu del hombre y dan fuerzas propias a los pueblos son los que se desprenden del estudio de la Naturaleza y de las aplicaciones de sus elementos en bien de la colectividad”.

Moreno vendió a bajo precio las restantes 22 leguas debido a que las mejores tierras ya estaban en poder de terceros y porque no quiso ubicarlas al occidente de la divisoria de aguas por considerar que esa zona no debía ser enajenada o entregada

a particulares mientras no fuera bien estudiadas para determinar si su colonización era conveniente.

El último viaje de Moreno a la Patagonia lo realizaría en 1912, siete años antes de su muerte, cuando acompañó a Teodoro Roosevelt, por pedido especial de éste, a la región del Nahuel Huapi.

Concluida la cuestión de límites e incorporado el Museo a la Universidad Nacional de La Plata Moreno se alejó del mismo. Los 20 años de su desempeño como Director, entre 1884 y 1905, habían sido fundamentales para la proyección nacional e internacional de la institución.

Moreno trasladó entonces sus inquietudes a otros ámbitos. Ya en 1903 había impulsado el salvamento de la expedición sueca de Otto Nordenskjold a la Antártida, y en 1904 el establecimiento de la primera estafeta de correos y Oficina Meteorológica en las islas Orcadas. Entre 1906 y 1910 dirigió el levantamiento topográfico y geológico de la provincia de Buenos Aires. Participó también en las actividades iniciales de la aviación nacional y en su casa se creó la Asociación de Boy Scouts Argentinos.

En 1910 Moreno fue propuesto como candidato y elegido Diputado Nacional, por sus convecinos de la Parroquia o Distrito de San Cristóbal. Al aceptar la candidatura escribió Moreno: “Hemos sufrido más de treinta años las pestilencias y demás incomodidades de la Quema de Basuras, y creo que tenemos derecho a aprovechar de sus residuos para levantar el suelo que sería drenado por canales. Así los barrios de la Quema y de las Ranas, mal afamados, se transformarán y surgirán sobre sus

barreales infectos, fábricas y escuelas prácticas, con lo que el medio actual cambiará. Es sabido que donde el trabajo y la escuela reinan, la cárcel se cierra”.

Durante su gestión como Diputado entre 1910 y 1913, Moreno presentó once proyectos de ley, entre los que estaban los que creaban las Estaciones Experimentales Agrícolas y la Dirección de Parques y Jardines Nacionales. Trabajó especialmente en una ley para la construcción de un ferrocarril entre San Antonio y el lago Nahuel Huapi, obra que recién se concretaría dos décadas después.

Por la misma época, entre 1910 y 1914, Moreno colaboró desinteresadamente con el geólogo norteamericano Bailey Willis quien vino a la Argentina a pedido del Ministro Ezequiel Ramos Mejía para conformar una Comisión de Estudios Hidrológicos que haría estudios en el norte de la Patagonia. Estos incluían desde la provisión de agua a San Antonio Oeste hasta el trazado del ferrocarril a San Carlos de Bariloche y la planificación del futuro de la región inmediatamente al este del lago Nahuel Huapi. El resultado fue un la publicación de un importante estudio que nunca recibió la atención que merecía. Bailey Willis expresó repetidamente su aprecio por la ayuda que recibió de Moreno y dejó meridianamente clara la opinión que tenía de él. Así decía Bailey Willis muchos años después: “Francisco P. Moreno, se convirtió... en mi colega inspirador y en un cálido amigo”... Moreno, fue “una figura única en los anales de la Argentina”... “era un personaje excepcional. En general se puede decir que demasiadas veces la ambición personal desvía a los científicos potenciales del camino de las investigaciones auténticas... pero él era un altruista y su objetivo era conocer la verdad. ...Él

comprendió las posibilidades latentes de la Patagonia para asentamientos y desarrollos valiosos, y su visión fue la del científico práctico. Se dio cuenta de lo necesario que era obtener información exacta acerca de los recursos... pero sus ideales se vieron frustrados por la indiferencia de los intereses comerciales y políticos de la clase dirigente argentina, centrados en la ciudad... La voz de Moreno era la de un profeta en la selva. Nadie lo escucho. ...Recuerdo con afecto y placer las horas que pasamos discutiendo acerca de los altiplanos y las montañas que él había conocido y que yo debería explorar, y trazando planes para los colonos futuros que desarrollarían los recursos de la Patagonia”.

En 1906 Moreno había abierto las puertas de la Quinta Moreno, en Parque Patricios, para que los chicos pobres de la “quema” y del “barrio de las ranas” pudiesen tener acceso libre a los frutales allí existentes. Y luego, viendo la desnutrición que los aquejaba habilitó una gran cocina en la que se llegaron a servir 200 comidas diarias. Después agregó un aula, y así nacieron las Escuelas Patrias que finalmente puso bajo el amparo del Patronato de la Infancia y propulsó desde su cargo de Vicepresidente del Consejo Nacional de Educación. Decía Moreno “si el Estado obliga al niño a concurrir a la escuela, el niño tiene derecho a que el Estado lo alimente cuando sus padres no están en condiciones de hacerlo. Alimentar a todo niño que sufra de hambre es, sin duda, un deber ineludible de la Nación, pues si no ha alcanzado la edad escolar, requiere ser alimentado para que la alcance”.

Por ello resulta reconfortante saber que en ese predio funciona hoy en día el Instituto Bernasconi, que contiene un complejo museológico con obras de arte y biblioteca y donde se

imparte educación inicial, primaria, para adultos, y existe una escuela de música.

En 1913 Moreno renunció a su banca de Diputado para integrar el Consejo Nacional de Educación, por considerar que éticamente no podía desempeñar ambos cargos simultáneamente y por preferir, en sus palabras, “continuar dedicando el tiempo que me resta de vida a contribuir a hacer de los niños de hoy... ciudadanos que sirvan eficientemente a... la Nación Argentina, siendo innegable que la fuerza y la grandeza de su mañana dependen de la escuela de hoy”. Su acción en pro de la educación no solamente se limitó a las Escuelas Patrias. Creó además las Guarderías Infantiles en los barrios obreros, propuso cambios en los planes de estudios de las escuelas nocturnas para adultos dándoles una orientación vocacional y técnica, e impulsó el escalafón para los maestros.

Durante esos años, los últimos de su vida, en los que se dedicó a la educación de la infancia, especialmente de la carente de recursos, trabajó conjuntamente y trabó amistad con otra personalidad de la época: Victoria Aguirre. Esta filántropa, que compartió con Moreno una desinteresada generosidad en ayudar a las instituciones y a la sociedad, contribuyó con su dinero y su tiempo a ayudar al funcionamiento de las Escuelas Patrias y al Patronato de la Infancia. Además de sostener asilos e instituciones religiosas, culturales y deportivas, y de efectuar contribuciones económicas al Museo de La Plata, también se ocupó, al igual que Moreno, de la promoción inicial de los parques naturales. Así el 10 de septiembre de 1901 hizo una importante donación destinada a concretar el camino entre las cataratas y el puerto en el río Iguazú. Desde entonces el 10 de

septiembre se considera la fecha de fundación de esa localidad, que fue llamada Puerto Aguirre hasta 1943, año en que se cambió el nombre por el de Puerto Iguazú.

Es de recordar que esta amiga de Moreno quiso, un año después de su muerte, que una escuela primaria de la zona en que habían trabajado llevara el nombre de Moreno, pero como el Consejo Nacional de Educación sostuvo que las escuelas fiscales que no tenían edificio propio no podían tener nombres especiales y sugirió que se consiguiese un terreno en el cual se construiría un nuevo edificio, Victoria Aguirre compró un terreno por 40.000 \$ de esa época y lo donó. La piedra fundamental fue colocada al cumplirse un año de la muerte de Moreno, el 22 de noviembre de 1920. Es así que esa escuela, ubicada en el barrio de Barracas lleva hoy, sencillamente, el nombre Francisco Pascasio Moreno.

En 1919, pese al deterioro de su salud, Moreno siguió soñando con todo lo que queda por hacer. El 20 de noviembre le escribió a Emilio Frey: “porque me voy al Sur, me estoy procurando recursos míos para hacer lo que tantas veces hemos hablado. Quiero volver a ver el decano de los lagos, al Nahuel Huapi. El tiempo no me preocupa, ni el gasto, quiero hacer lo que pensé siempre realizar aun cuando deje los huesos allá. Espero salir de aquí a fin de mes o principios del entrante”. Para poder costear este viaje vendió unos cuadros de valor que aún le quedaban.

El 21 de noviembre de 1919 Moreno concurrió como todos los años a la fiesta de fin de curso de la escuelita de Barracas, que dirigía Sara Abraham. Se lo vio decaído y avejentado. Se retiró antes de que terminase el acto, que sería el último al que asistiría.

Durante la noche siguiente, en la madrugada del 22 de noviembre de 1919, murió Moreno en la más absoluta pobreza. En la Argentina su muerte pasa inadvertida. Pero numerosos países e instituciones del exterior, que lo habían distinguido en vida, le rindieron homenaje.

Un año después se llevó a cabo el remate judicial de todas sus pertenencias, pues durante sus últimos años, agotada su fortuna en las obras relatadas, había contraído deudas con instituciones bancarias, entre ellas el Banco de la Nación Argentina. Algunos de estos objetos los compró su hijo Eduardo Moreno y luego fueron vendidos a Parques Nacionales y hoy se encuentran en el Museo “Perito Moreno” en Bariloche; otros fueron comprados por Victoria Aguirre y junto con los que donaron sus familiares directos y el entonces Director del Museo Luis María Torres, hoy se encuentran en custodia en la Sala Moreno del Museo de La Plata, tal como está registrado en la placa allí existente y en los archivos institucionales.

El 19 de noviembre de 1923, por iniciativa del Director Luis María Torres, se inauguró el busto de Moreno en la rotonda central del Museo, el cual fue realizado por el escultor Alberto Lagos y costado por suscripción pública.

En 1944, como culminación de una iniciativa del primer Director de Parques Nacionales Ezequiel Bustillo, y con la aceptación de la familia de Moreno, sus restos fueron trasladados a Bariloche. Y el 22 de enero, 68 años después de que llegara a ese mismo lago llevado por las ilusiones de sus 25 años, sus restos llegaron a Bariloche, cubiertos por el poncho que le regalara su compadre y amigo Sayhueque, que como

legado suyo se conservara en el Museo de La Plata por más de cien años. Sus restos fueron finalmente depositados en una isla, cuyo nombre “Centinela”, proyecta hasta la actualidad el accionar de quien supo velar por la sociedad a la que dio todo lo que era y tenía.

Curioso sino el suyo, que lo llevó a nacer con la caída de Rosas y bajo el signo del Acuerdo de San Nicolás y a morir durante el primer gobierno elegido bajo la Ley Sáenz Peña, pero en medio de los enfrentamientos que produjeron la Semana Trágica.

La transformación y el crecimiento sufridos, por la sociedad argentina y la humanidad toda en esos 67 años probablemente fueron los causantes de las numerosas crisis políticas y económicas bajo las que tuvo que vivir Moreno, los que se reflejaron inevitablemente en los cambios de derrotero que sufrieron su vida y sus planes. Pero a través de todas ellas su voluntad de servicio y su accionar en pos de sus ideales se mantuvieron incólumes. En cada circunstancia histórica Moreno encontró causas por las que luchar, siempre con un mismo norte, que fue el progreso del país y de la sociedad.

Pese a ello siempre hubo personajes de segunda línea que se ocuparon de desmerecer los logros y la vida de Moreno, reinterpretando hechos de acuerdo a su conveniencia o prejuicios ideológicos.

Por ello es importante destacar que Moreno no participó de las luchas políticas de la época en la que le tocó vivir, por más que conociera a todos los principales actores de las mismas a través de los quince gobiernos que se sucedieron durante su

vida, ni tampoco puede ser identificado con los criterios manejados por los grupos políticos y económicos a los que perteneció la clase dirigente que le fue contemporánea.

Nada desvió a Moreno de sus objetivos y su acción en pos de los mismos no tuvo pausas. Probablemente estos sean los hombres que, al margen de las administraciones políticas circunstanciales, resultan fundamentales para el progreso de la sociedad.

La vida de hombres como Moreno constituye entonces un legado de fundamental, para inspiración de quienes, al margen de situaciones políticas coyunturales, trabajan diariamente al servicio de la sociedad.

El mérito fundamental de Moreno consistió no solamente en haber permanecido fiel a los ideales trascendentes de su infancia y de su juventud, y en haber sabido convertir éstos en motor permanente de una acción que no tuvo pausas, sino también en haber sabido capitalizar las experiencias de una vida fecunda. Por ello los afanes coleccionista de la juventud fueron reemplazados por su interés, primero en el desarrollo del conocimiento y finalmente en su transferencia, mediante la educación, al pueblo y a la infancia. Ello también explica qué en su juventud fuese un colector de restos de aborígenes, luego llegase a ser amigo de muchos de ellos y finalmente promoviese su incorporación a la sociedad argentina e hiciese gestiones para ayudarlos.

Para finalizar quiero hacer uso de algunas de las palabras que su colaborador y amigo Clemente Onelli pronunciara en el homenaje que se hiciera a Moreno al cumplirse un mes de su

muerte, el 22 de diciembre de 1919, en el salón de actos de las Escuelas Patrias del Patronato de la Infancia. Dijo entonces Clemente Onelli:

“No son los funerales cívicos de Francisco P. Moreno, los que se celebran en este local al mes de su muerte; es una fiesta para los niños inocentes, un motivo para agasajar y alegrar a estos... muchachos y una manera de recordar al extinto... Aquí no se celebra el funeral civil del ilustre ciudadano, no se ha recordado al naturalista, al geógrafo con sus doctas teorías... nada de eso aquí se recuerda, sino tan sólo su extrema bondad con la infancia desamparada; se han preparado las diversiones para los niños para que Pancho Moreno, como lo hacía en vida, se mezcle sonriente en las rondas infantiles y reconozca cuales fueron los últimos niños que ingresaron al asilo bajo su protección, y cuáles fueron los centenares cobijados más tarde por sus iniciativas... No venimos aquí a realzar sus méritos o a afirmar sus virtudes y abnegaciones; no nos toca a nosotros cumplir con este deber. Ustedes se han reunido aquí, para que los niños, con su manera inocente festejen el recuerdo de Moreno y para que ustedes que lo conocieron en vida, al reunirse alrededor de su sombra en esta sala que se llamará con su nombre, se juramenten a seguir con todo tesón la abnegada obra iniciada, que hoy prospera en el barrio más pobre de la ciudad, donde las ideas del verdadero socialismo se iniciaron no con conferencias de oradores, sino con un asilo y una escuelita, y siguieron con más escuelas y más asilos...

Hay detalles íntimos de Don Pancho, así llamado en el barrio, de la forma en que enseñaba y propagaba sus ideas. Se casaba su hija: el regalo de bodas fueron 30 máquinas de coser

para que ese día las repartiera entre las mujeres más necesitadas de la parroquia. Reacio a la vida social, aceptaba con placer toda invitación a pequeñas fiestas de escuelas pobres y donde sabía que la maestra o la directora eran mártires incansables de la niñez desvalida e indisciplinada.

Cuando tuvo el honor de conocer a una dama cuyas obras generosas ya se infiltraban por sus barrios, la llevó orgulloso, triunfante, al más bello de los paseos que él podía concebir: la «Quema de la Basura».

¿Originalidades, excentricidades, dirán ustedes? No.

Este hombre no era maestro de escuela, y no había estudiado para educacionista; su vida se formó en las penurias de viajes en el desierto y entre las cataratas y los abismos de la cordillera. Después, la nostalgia de sus años juveniles y el deseo de vivir por lo menos un momento tranquilo su vida, allí bajo el aguaribay que había crecido mientras él había viajado, lo llevaron a explorar tierras la mitad del año anegadas, que la fantasía popular llamaba «el barrio de las Ranas». Pero allí más que las ranas pululaban las miserias humanas en sus aspectos más denigrantes; y allí empezó la santa obra que ustedes reconocen y que ustedes han agrandado con constancia y abnegación”.

Para finalizar dijo Onelli:

“Debería aquí terminar, pero se me ocurre que hasta los argentinos pudientes harán ahora el no muy gran esfuerzo de visitar las bellas tierras del Sur, donde por Moreno flamea ahora el Sol de Mayo, y es bueno al pasar revista rápidamente a algunos de esos panoramas, recordar que Moreno antes de ser

recolector de niños abandonados fue el geógrafo que estableció las eternas fronteras de la Patria”.